

# La Biblioteca Nacional de España: 300 años haciendo historia

Luego que le trajo el Cielo y, ceñida la Corona, se sentó en el trono de España, reconoció que estaban decaídos los antiguos estudios de las Buenas Letras y demás Artes, que son de necesidad y ornamento de las Repúblicas, y reconociendo también la aptitud del genio de los españoles para todo género de artes y ciencias, y los progresos que han hecho en ellas, determinó su real ánimo reparar el daño abriendo una pública librería, cuyas puertas estuviesen patentes a todo género de profesores (*Fundación y estatutos de la Librería Pública del Rey Nuestro Señor D. Felipe V*, Madrid, 1716).

Hacía frío en Madrid. Aquel 29 de diciembre de 1711 hacía frío en Madrid. Ahí estaba el famoso viento de la sierra que venía a llenar de escarcha y de hielo las esquinas de las calles de Madrid, de un Madrid que todavía tenía abiertas las heridas de la guerra de Sucesión. Aún muchas casas permanecían cerradas y muchos eran los que no tenían ninguna esperanza puesta en el futuro. Era el momento de repensar el país, el momento de poner las bases a la nueva dinastía que se había alzado con el triunfo de las armas. Los Borbones necesitaban de todo el apoyo, de todas las ideas para convertirse en españoles, y Felipe V necesitaba, más que nunca, a sus confesores para seguir adelante en su gobierno. Y el padre Robinet, el tercer confesor que tenía el rey en suelo hispánico, había sabido jugar bien sus cartas y convertirse en uno de los bastones en los que se apoyaba el monarca para intentar caminar por los escombros en los que se había convertido ese imperio en que nunca se ponía el sol. Y lo había conseguido sin mucho esfuerzo: con buenas palabras, con consejos adecuados, con sonrisas y con su buen hacer y talante.

Hacía frío en Madrid y le daba pereza abandonar el calor de las sábanas, de las mantas que

casi le ahogaban. Sacó un poco la cabeza y, con las primeras luces del amanecer que entraban por una ventana entreabierta, vio su pequeña habitación, los pocos muebles que la decoraban, el gran espejo en un lateral y su mesa de trabajo, con algunos papeles abiertos, las últimas noticias que le llegaban de Roma y el plan que había ideado para el futuro de la Librería Pública. Cerró de nuevo los ojos y se regaló unos minutos dentro de la cama antes de salir al frío de la habitación, con el brasero a medio apagar. Cerró los ojos e intentó recordar todo lo que habían tenido que luchar para que el rey diera el visto bueno a la creación de una Real Biblioteca que pusiera en manos de todos los estudiosos los ricos fondos que se custodiaban en el alcázar, los que el rey había mandado traer de Francia. ¿Qué mejor compañía podían tener las ricas bibliotecas de los nobles que habían sido incautadas en el fragor de la guerra y de los pactos palaciegos? Por fortuna tuvo el apoyo del marqués de Villena, el bueno de Juan Manuel Fernández Pacheco, y de Melchor de Macanaz, al que apreciaba aunque en muchas ocasiones no compartía sus opiniones ni esa manera, algo despectiva, con que imponía sus ideas, aupado en su inteligencia y oratoria. Pero habían sido sus compañeros de viajes y de sueños y, sin ellos, seguramente ahora no habría llegado a ese momento que le hacía tan feliz: esa mañana del 29 de diciembre de 1711, a pesar del frío de Madrid, el rey daría el visto bueno al plan que le había presentado para contar en España, por primera vez, con una gran biblioteca que destacara, desde un principio, por su carácter público. Una biblioteca que fuera la piedra angular sobre la que levantar de nuevo un imperio más allá de las armas, de los cañones, de las conquistas. El imperio de las Letras y de las Ciencias. Y son-

rió. Abrió de nuevo los ojos y la realidad se le impuso; decidió levantarse, llamar a sus criados para que le trajeran un humeante tazón de chocolate bien caliente y le ayudaran a vestirse. No quería perder más tiempo. Quería ser de los primeros en llegar al alcázar.

Mientras cruzaba las frías calles de Madrid en su carroza, se calentaba con sus sueños. La Biblioteca no tendría un mal comienzo, a los libros de la reina madre, con sus más de dos mil volúmenes que destacaban en ochenta espléndidas estanterías, se les sumarían los ejemplares que compró el rey en Francia, así como donaciones, como la que él ya había pensado de parte de sus libros y algunas monedas, sin olvidar las bibliotecas incautadas a tantos nobles que apoyaron al infante Carlos de Austria en sus pretensiones dinásticas... Ya se imaginaba las estanterías llenas de libros, aunque todavía no tenía ni edificio; ya se imaginaba los elogios de tantos escritores, de tantos eruditos y amantes del libro que se acercaría a sus salas públicas. Porque este había sido uno de sus primeros campos de batalla, el único que le había movido y animado a seguir adelante: el carácter público de la nueva Biblioteca frente a las particulares, generosas en fondos y parcas en visitantes. El modelo se había extendido en Europa a lo largo del siglo anterior..., ¡ya era hora de que llegara a España! Y sonrió, una vez más, en su carroza, porque se dio entonces cuenta de que el rey, al que le gustaba más jugar a las cartas que leer, pasaría a la historia, entre otras cosas, por haber sido el fundador de la Real Biblioteca Pública. Y en esas carambolas del destino se le ocurrió de dónde sacar el dinero para financiarla, una de sus preocupaciones en los últimos tiempos: de los impuestos de las cartas. Debía trabajar sobre esa idea, que se había despertado en su cabeza, como ese Madrid helado que iba abriendo sus ventanas a medida que su carruaje se acercaba

al alcázar. Suspiró al salir a la plaza, y se dio ánimos a sí mismo. Aquella mañana del 29 de diciembre de 1711 sería histórica. El final de todo un largo camino y el principio de una aventura que, ¿cuánto duraría?

Y mientras entraba en palacio, mientras pasaba por las salas hasta llegar al estudio del rey, donde se aprobaría su plan para crear la Real Biblioteca Pública, dejó volar su mente y se imaginó cómo sería su biblioteca doscientos años después... e incluso trescientos. Y se imaginó cómo sería su biblioteca en el año 2011. Y un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Cómo podría imaginarse una cosa así? Imposible. Pero lo que sí le gustaría, y por eso rezaría esa noche, es que trescientos años después la Real Biblioteca siguiera siendo pública e independiente. Tan solo esas cosas. Y en ese momento, el padre Robinet se sintió el hombre más feliz del mundo y en ese momento tuvo la certeza de que así sería, que así debería ser, a pesar de los avatares de la historia y de la política.

~

Historia. Trabajos. Desafíos y retos de la tecnología. Los tres espacios en que se divide la Sala Recoletos de la Biblioteca Nacional de España han estructurado la exposición en tres ejes temáticos: el primero, y el más amplio, da cuenta de su historia, de sus trescientos años prestando especial atención a sus ricas colecciones y a la variedad de sus fondos: bibliográficos, iconográficos, cartográficos, sonoros, fotográficos, audiovisuales, *ephemera*... El elemento unificador que ha permitido establecer una línea de continuidad de una historia plagada de espacios luminosos y de rincones oscuros (como toda institución que se haya movido desde el absolutismo del siglo XVIII a la democracia actual) han sido los dos espacios más

emblemáticos, los dos edificios en que la Real Biblioteca y la Biblioteca Nacional han desarrollado sus funciones: la Casa del Tesoro, ese Pasadizo de la Encarnación (1712-1809) y el Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales (desde 1895 hasta nuestros días). El primero está representado por la imagen que de su interior aparece en la *Biblioteca Universal de la Polygraphia Española* de Cristóbal Rodríguez (Madrid, 1738) y el segundo en una espectacular maqueta interactiva, cuyos contenidos han sido coordinados por Aurelio Vargas Díaz-Toledo, y que muestra cómo en este largo siglo de vida el actual edificio de la Biblioteca Nacional de España en el Paseo de Recoletos ha asumido diferentes funciones, se ha ido adaptando a los nuevos tiempos, a las demandas de los usuarios y de la sociedad, como así lo tendrá que hacer en el futuro, en los nuevos modelos de bibliotecas nacionales que ahora se está planteando gracias a la difusión de las posibilidades digitales. ¿Hemos de seguir pensando en una biblioteca con una sede física exclusivamente cuando pensemos en la Biblioteca Nacional del futuro? En esta primera sala, hemos querido también dejar un espacio a las otras sedes de la Real Biblioteca o de la Biblioteca Nacional (a partir de 1836) como son las del convento de la Trinidad Calzada (1809-1819), la casa del Consejo del Almirantazgo (1819-1926) o la casa del Marqués de los Alcañices (1826-1895), sin olvidarnos de las posibles ubicaciones que durante los años de búsqueda y captura de sede se propusieron, como el propio edificio actual del Museo del Prado (en 1796).

La segunda sala está dedicada a la tecnología, a la tecnología de hoy y a la tecnología de ayer, a aquella tecnología que ha ofrecido nuevas posibilidades para la conservación y difusión de los ricos fondos que ha adquirido, conservado y difundido la Biblioteca Nacional de España.

Tres son los ejes temáticos en los que se ha dividido esta sección: la tecnología al servicio de la difusión, comenzando por la tecnología de la escritura (la copia de los manuscritos o impresos de otras bibliotecas para convertir la Biblioteca Nacional en el depósito de la memoria escrita en España) y siguiendo por la tecnología de la fotografía (como la famosa foto-zincografía de López Fabra), para llegar a las digitalizaciones actuales, que han permitido multiplicar los testimonios que ahora se ponen a disposición de todos gracias a la web; el segundo eje está dedicado a la tecnología informática, a sus diferentes aplicaciones en las labores y trabajos de una biblioteca, en los que la Biblioteca Nacional ha sido pionera en España, terminando con el tercer eje: la conquista de la conservación de la voz y el sonido a partir de la invención del fonógrafo que Edison patentó en 1877, con la exposición de diferentes reproductores de principios del siglo XX.

Y conocida la historia de la Biblioteca Nacional, sus edificios y sus colecciones tanto de códices manuscritos, incunables, libros impresos, como de dibujos, estampas, mapas o partituras, es el momento de abrir la puerta a los trabajos que se acometen en su interior para poder cumplir su función, tal y como se establece en los estatutos de la Biblioteca Nacional de España aprobados el 30 de octubre de 2009: «Reunir, catalogar y conservar los fondos bibliográficos impresos, manuscritos y no librarios de carácter unitario y periódico, recogidos en cualquier tipo de soporte, producidos en cualquier lengua española o en otro idioma, al servicio de la investigación, la cultura y la información, y difundir el conocimiento de dichos fondos». ¿Cómo se adquieren y se completan sus fondos? ¿Qué trabajos de conservación se tienen que acometer, prestando especial atención a las ricas encuadernaciones que se han conservado? Y junto

a estos trabajos se prestará atención a las importantes (y para muchos poco conocidas) colecciones de la Biblioteca Nacional: como la de carteles y la de *ephemera*. Y para el final de la exposición, para el final de este recorrido que nos ha llevado de la historia de una institución al día a día de sus trabajos, de los procedimientos técnicos que permiten a los usuarios acceder al rico patrimonio que conserva y difunde (como así ha sucedido desde su origen y sin interrupción en los trescientos años de su historia), se ha querido terminar con un recuerdo a los autores, a los escritores que están en el origen de la memoria escrita, de muchas de las obras que se reúnen, catalogan, se conservan y difunden en la Biblioteca Nacional de España; el escritor que se hace presente en sus autógrafos (desde el siglo XVI hasta nuestros días) y en los archivos personales, esos que nos permiten recuperar a la persona que está detrás de cada escritor, así como los pre-textos, los materiales previos antes de dar con el texto definitivo, ese que todos hemos leído, hemos disfrutado. Y junto a estos trabajos se prestará atención a las importantes (y para muchos pocos conocidas) colecciones de la Biblioteca Nacional: como la de carteles y la de *ephemera*.

Una cronología, que retoma y recuerda los hitos más importantes de la Biblioteca Nacional de España en sus tres siglos de historia, permitirá evocar las luces y las sombras de una de las instituciones culturales más antiguas de España, una de las instituciones más modernas e innovadoras por sus actividades, proyectos y desafíos.

~

No ha sido fácil reunir en los cientos de metros de la Sala Recoletos todo lo que queríamos contar en la exposición «Biblioteca Nacional de España: 300 años haciendo historia», porque

queríamos contarlo todo, aprovechar la oportunidad única de celebrar el Tricentenario de una de las instituciones culturales más antiguas (y al tiempo, más innovadoras) de nuestro país para acercar al visitante su historia, sus tesoros, sus edificios, su estructura, sus trabajos diarios, sus retos y desafíos. Mucho hemos tenido que dejar en el tintero de los proyectos que se han ido sucediendo a lo largo de sus meses de gestación, muchas de las ideas brillantes han ido perdiendo su luz a medida que iban surgiendo otras, y muchas han sido las decisiones que hemos tenido que tomar, siempre con la sombra alargada de la duda oscureciendo nuestras miradas. Afortunadamente en este camino nunca hemos estado solos, pues desde el principio se ha tratado de un proyecto colectivo, en que han estado implicados los diferentes departamentos de la Biblioteca Nacional de España, así como dos asesoras de lujo como han sido Elena M.<sup>a</sup> Santiago Páez y Mercedes Dexeus; y un recuerdo especial merecen las personas que trabajan en el Área de Difusión y que hacen que un esfuerzo titánico como el montar una exposición de estas características parezca (pero solo lo parezca) un trabajo sencillo. A todos ellos, solo les podemos reiterar una y otra vez nuestra gratitud, nuestro compromiso. Sin ellos (y no hay nada de retórica en estas palabras), esta exposición nunca hubiera existido. Nunca en la forma en que ahora la podemos disfrutar. Y lo mismo puede decirse de este catálogo, de este espléndido catálogo en que decenas de profesionales, de dentro y fuera de la Biblioteca, han dado lo mejor de sí para presentar sin los oropeles de la erudición (en ocasiones llena de notas y falta de contenidos) comentarios de las casi doscientas obras con que la Biblioteca Nacional de España ha querido vestirse de gala para celebrar sus trescientos años de historia. Un puzzle de conocimientos, de datos, de imá-

genes que han visto su unidad gracias al Área de Publicaciones, y que se ha vuelto un objeto de culto bibliófilo en las manos de una editorial de la categoría (y del entusiasmo y amabilidad) como lo es Edicions de l'Eixample. El esfuerzo ha sido enorme, las circunstancias no han sido las más favorables, pero ahora, pasando las páginas de este catálogo, paseando por la Sala Recoletos, dejándose llevar por la atmósfera de ensueño que solo es capaz de conseguir el arquitecto Juan Pablo Frade, uno solo puede pensar que el esfuerzo ha valido la pena, que el trabajo ha valido la pena, que el entusiasmo que tanto mi ayudante, Aurelio Vargas Díaz-Toledo, como yo hemos puesto en el proyecto, ha valido la pena. Ahora ha llegado el momento de que los visitantes (los físicos y los virtuales), de que los lectores disfruten, como nosotros llevamos meses haciéndolo, de una Biblioteca que celebra sus trescientos años con el orgullo de haber sido parte de la historia de España, de haber sido testigo y, en más de una ocasión, participe y protagonista de los cambios culturales que se han vivido en estos trescientos años en nuestro país y fuera de él, y que tiene la fuerza y el conocimiento suficiente para dar respuesta a los nuevos retos y desafíos que plantea hoy en día la sociedad de la información y del conocimiento. En el pasado, la Biblioteca Nacional de España no solo ha sabido conservar y preservar nuestra memoria escrita, visual y sonora, sino que ha sido motor de numerosos cambios en su difusión y transmisión. Y así lo seguirá siendo en los próximos trescientos años, sin lugar a dudas.

¿Cómo imaginarían Robinet, Macanaz y el propio Felipe V la Real Biblioteca Pública en el futuro, en un (por poner una fecha) 29 de diciembre de 2011? Nunca lo sabremos. Pero nosotros sí que podemos imaginar cómo queremos que sea la Biblioteca Nacional de España

dentro de unos años. Lo que ha sido y lo que debe seguir siendo: el espacio para reunir y catalogar el saber del pasado para conservarlo y proyectarlo en el futuro, un lugar de encuentro, abierto para permitir de este modo el avance de las Ciencias y las Artes. Con esta pretensión nació en 1711 la Real Librería de Felipe V. Con este espíritu fue creciendo la Real Biblioteca y la Biblioteca Nacional.

Ahora ha llegado el momento de callarnos y de comenzar el itinerario por una institución que no ha dejado de hacer historia en sus trescientos años de existencia.

Vale.

**José Manuel Lucía Megías**  
Catedrático de la UCM  
Comisario de la exposición

#### AGRADECIMIENTOS

Rosario Aguilar Perdomo, Mercedes Dexeus, Mar Hernández Agustí, Ana Marín Sánchez, Eva María Molleja López, Fernando Monzón, Isabel Moyano Andrés, Isabel Ortega, Emilio Romo, Yolanda Ruiz Esteban, Elena M.<sup>a</sup> Santiago Páez, Ana Santos Aramburo